



UNIVERSIDAD DEL ROSARIO

JUAN PABLO ESTERILLA PUENTES

“LOS MENORES DE EDAD NO TIENEN VACUNA CONTRA EL SECUESTRO”

GÉNERO PERIODÍSTICO: CRÓNICAS

TRABAJO DE GRADO

TUTOR: ÁLVARO DUQUE SOTO

PERIODISMO Y OPINIÓN PÚBLICA

BOGOTÁ D.C.

2016

TABLA DE CONTENIDO

1) PRÓLOGO.....	3
2) CRÓNICAS.....	
2.1 “El Niño de la Paz”	6
2.2 “LES CAYERON A SU TORRE”	17

1) PRÓLOGO

Es pertinente mencionar de entrada por qué hacer este trabajo periodístico y qué busca dejarle a quien lo revise. Tras la lectura de estas dos crónicas se tiene conocimiento de diferentes historias o relatos de cuatro víctimas de secuestro extorsivo que narran quince años después, lo que significó el estar en cautiverio siendo niño, y además reconocen y reflexionan sobre las implicaciones concretas que el pasar por este flagelo dejó sobre ellos. La manera de establecer lazos sociales y su desempeño como ciudadanos marcados por una apuesta política clara, son enunciadas. Allí se desprenden las impresiones de Dagoberto Ospina, Natalia Briñez, Jaime Lozada y Felipe Lozada, sobre conceptos tan importantes como el perdón y olvido. Sus historias fueron seleccionadas en lugar de otras porque aparte del extenso trabajo de reportería y compenetración que hubo con ellos y con sus casos, también fueron las historias que hicieron más visible que la única categoría de un secuestrado, no es únicamente la de víctima, sino también la de sobreviviente.

Es necesario precisar que no se tienen mayores relatos en la opinión pública sobre las circunstancias concretas en las que un menor está en cautiverio. Se buscan conocer las facetas de una problemática humana presente en Colombia desde 1933, año del que se tiene registro público del primer rapto de un menor. Este será el problema a investigar en este trabajo de grado, de tal forma que antes de escribir fue importante el indagarse: ¿Difiere mucho el secuestro de un menor al de un adulto? ¿Qué momentos se presentan entre el captor y el secuestrado? ¿Qué clase de violencias se ejercen sobre un menor mientras que está en secuestro?

En conversaciones previas con víctimas de este flagelo cuando eran menores, estas manifiestan que en los medios de comunicación masivos del país muchas veces se cayó en errores de desinformación (informaciones inventadas, protagonismo de otras fuentes no involucradas directamente en los hechos), razón por la cual es de gran aporte y relevancia poderle otorgar a la sociedad colombiana un producto periodístico digno de ser publicado en un medio escrito de calidad.

Por esas mismas falencias que han identificado los protagonistas de estos hechos y que en nuestro país en las agremiaciones de periodistas no han sido subrayadas, es que el ejercicio de un

trabajo periodístico a profundidad podría generarle mayor fiabilidad y validez al estado del arte actual de la problemática, y le otorgaría quizás nuevos referentes conceptuales al secuestro de menores en Colombia.

Para la realización de este trabajo de grado se compartió en reiteradas ocasiones con los protagonistas como con su círculo familiar. Con cada uno de ellos se desarrollaron conversaciones en distintos espacios, y no siempre existió una estructura concreta de entrevista (Pregunta-respuesta, pregunta-respuesta). Así pues, una vez recibido el aval para poder plasmar de manera escrita sus historias, dejé que en la mayoría de las ocasiones fuesen ellos los que me relataran sin ninguna intervención mía, la manera cómo ellos recordaban un suceso que no compartían inclusive de manera tan extensa con sus mismos familiares.

En este mismo sentido, durante la ejecución de las entrevistas siempre primó la necesidad por tener en cuenta el contexto de su producción o enunciación; quién pregunta, qué se pregunta, para qué, quién responde, cómo se tratan las emociones y los silencios, y finalmente, qué espacios se abren para la reflexión¹; todo esto en el desarrollo del encuentro periodista-fuente primaria. En definitiva, *“No valdrán porque sea la versión más fiel del pasado, sino por la relevancia ética que plantea su escucha”* (Juan Pablo Aranguren)².

Otra herramienta propicia para el desarrollo de este trabajo fue el uso de mapas conceptuales que permitieron generar interrogantes que tuvieron por característica propia el buscar elementos referentes de la crónica como lo son la capacidad de descripción y rigor informativo. En estos mapas se realizaba siempre un cruce de historias que exhiba más fácilmente las similitudes y diferencias en las situaciones que enfrentó cada uno de los personajes.

Datos como cifras que me dieran un mayor contexto sobre la problemática del secuestro en menores me fueron suministrados por el estado del arte referenciado en mi proyecto de grado, bases de datos, e integrantes de instituciones como el Ministerio de Protección Social, la Dirección Operativa para la Defensa de la Libertad Personal y la Fundación País Libre. Valga la pena señalar los comentarios de personas

¹ Comparar Ramírez, Luis Antonio, (21 de octubre de 2014) II Encuentro Internacional de Estudios Críticos de las Transiciones Políticas “La vida cotidiana como problema para la paz”; Pon. *Elementos y escenarios para una ética del testimonio*, p.6.

² Ver Aranguren. J, (2008) Revista Nómadas NO. 29. Universidad Central – Colombia, Art. *El investigador ante lo indecible y lo inenarrable (una ética de la escucha)*, p.5.

específicas como el psicólogo experto en estrés postraumático, Juan Pablo Aranguren, y de fiscales como Saagia Felaifel Klinger, fiscal 82 de crimen organizado.

Es significativo mencionar que una vez recibida la aprobación de cada una de las fuentes principales para que escribiera las crónicas sobre ellos, yo estuve en plena autonomía de seleccionar qué informaciones de las que me fueron brindadas, irían incluidas en las crónicas.

En definitiva, esta fue una investigación que contribuyó a recordarme la responsabilidad social que siempre debe tener un periodista y me estimuló a ir en contravía a la tendencia de homogeneidad que el fenómeno tiene, ya que esta problemática poco se trabaja en géneros periodísticos distintos a la noticia.

“Primero que todo quiero decirte que sería bueno conocer o al menos saber la opinión que tienen otras personas que fueron secuestradas cuando fueron niños para ver si se asemejan a la mía, pero igual cada secuestro tiene un tiempo, un modo que hace su caso único. Yo podría ser como otras personas; si tú quieres que alguien diga -qué maravilla de persona- porque todo es paz y amor bueno, pero uno tiene que ser como es y no aparentar por aparentar. Si yo hablo de perdón y digo perdón es porque lo siento de corazón. Y, si no, simplemente no tengo que decir algo que no pienso y que en éste momento no siento y que no se si en lo que me queda de vida vaya a sentirlo”

(Palabras de Natalia Briñez de 30 años, secuestrada el 26 de Julio de 2001 a los 15 años).

2) CRÓNICAS

2.1) “El Niño de la Paz”

–Llaman a mis papás, llamen a mis papás —gritaba entre sollozos un caleño que se resistía a bajarse del bus. Díez minutos atrás se había instalado en la silla de siempre junto a los rostros de siempre: Camilo Andrés, Nathaly, Guillermo y otra docena más de conocidos. Allí, en la parte trasera del vehículo, tres hombres encapuchados con armas AK47 confirmaban por un cuaderno que él era la presa. Un conductor encañonado, tres docentes hechos un manojo de nervios, y una carretera desierta, hacían difícil oponer mayor resistencia. Dagoberto, más conocido por sus compañeros como Daguiño, pasaría 325 días en cautiverio desde aquel 26 de abril de 2001. El infierno se le presentó a sus ojos con sólo nueve años a sus espaldas.

Los integrantes del frente guerrillero Jaime Bateman Cayón, se encargarían de la fuga, sur adentro, en un departamento del Valle del Cauca convulsionado por la violencia. Apenas un mes antes, tres menores del Colegio Bolívar habían sido raptados en una exclusiva zona del sur de la ciudad de Cali; y apenas hace un par de minutos, sobre las 6:15 a.m., una camioneta se le atravesaba a una ruta escolar para que se diera ejecución a un plan minuciosamente maquinado. Cabe anotar que en el momento de ejecutar un secuestro (etapa conocida por los integrantes del Guala como “levante”), son las personas especialistas en manejar riesgos y armas las que lo realizan. Los otros momentos de la cadena de valor del secuestro son: inteligencia, estabilización, traslado, negociación, pago, liberación o rescate, lavado de activos y coartadas judiciales.

Las lágrimas y los gritos de Dago al interior de una camioneta azul Chevrolet Luv de estacas no cesaban. Pensar que le pudiera pasar lo mismo a su hermano, a quien recogían siempre 30 minutos después que a él, le martillaba la cabeza. A los integrantes del escuadrón insurgente poco o nada les importaban los alaridos del niño; lo prioritario era trasladarse lo más rápido posible por la vía que conduce a Puerto Tejada, en límites entre los departamentos del Valle del Cauca y Cauca. Entre tanto, a kilómetros de distancia, los directivos del Colegio Mayor Alférez Real le anunciaban a Dagoberto Ospina Jaramillo y a Gloria Ospina que su hijo había sido secuestrado; baldado de agua fría para unos padres que nunca imaginaron que una situación así tocara a su puerta, pues jamás habían recibido amenaza alguna.

Quizás con la ilusión de que todo fuera una pesadilla, fue que Dago, completamente vendado, se quedó dormido. 2p.m.: en la radio se escuchaba la transmisión de un encuentro de fútbol entre Colombia y Bolivia. Hasta ahí todo perfecto para un aficionado empedernido al fútbol. Sin embargo, se colaban sin permiso, un: —Niño lo vamos a secuestrar y 220 guerrilleros repartidos por Florida, Pradera y el Páramo del Tolima que debían evitar una fuga o intento de rescate. La realidad que se posaba frente a sus ojos ya descubiertos, superaba cualquier pesadilla que alguna vez hubiese rondado su mente. Así pues, Daguito se unía al listado de menores secuestrados del cual se tiene conocimiento desde 1933, año en el que fue raptada Elisa Éder, hija del industrial Harold Éder, gerente y propietario del Ingenio Manuelita S.A. De allí en adelante, el delito se ha seguido realizando con frecuencia por grupos como las Farc, Auc y redes criminales. Según la Fundación País Libre, 257 menores fueron secuestrados entre el 2007 y el 2013; 45 de ellos sólo en el 2013.

Desde ese abril de 2001 se convirtió en constante el repicar de la línea telefónica en la casa de los Ospina. Todos los días se recibían llamadas en las que se les decía tener conocimiento del paradero de su hijo. Por eso, tampoco resultaba extraño que el presidente Andrés Pastrana anunciara dos días después del rapto, la conformación de un grupo élite que se trasladaría de Bogotá a Cali; o que estafadores de turno exigieran hasta 6 mil millones de dólares por su liberación; o que miles de niños marcharan por su libertad en ciudades como Bogotá y Medellín; o que el rector del Colegio Alférez Real lo diera por muerto. Todos querían tomar partido en el secuestro del que sería bautizado "El Niño de la Paz".

En la montaña, el hospedaje era más que básico; Daguito no toleraba que su lecho de sueño fueran un par de tablas recubiertas con hojas de plátano. La proposición de su primer día en cautiverio: — ¿Quieres que durmamos contigo? —, también tendría un no rotundo por respuesta. Unas cobijas y un plato negro de la suciedad con un poco de arroz, eran los bienes del lugar donde se encontraban.

La dotación de víveres llegaría tres días después al secuestro. Un guerrillero traía consigo papas, manteca, y Chocolisto. Tres camisetas, dos sudaderas y unas botas serían, por demás, los uniformes que cíclicamente utilizó para acompañar lo que se le constituyó en su rutina del secuestro durante cuatro meses. La dinámica para que pasaran las horas: salir a caminar, deslumbrarse al ver ardillas corretear, trepar

árboles, jugar con una cauchera, bañarse en el río y lidiar con la compañía de los mismos guerrilleros, siempre.

Al mes del secuestro, la angustia de no tener informaciones verídicas sobre el estado de Dagoberto, repercutía sobre la salud emocional de sus padres, sobre todo la de su madre. Las preocupaciones que se le asoman comúnmente a cualquier padre sobre su hijo, se duplicaban en ella. Si durmió bien, si comió, si algo le molestaba mucho, eran las interrogantes de los amaneceres, tardes y noches de Gloria Ospina. Por fortuna, Dagoberto, su esposo, estaba siempre allí dando pecho a la brisa fría que tenían en contra; no importaba que las ventas del negocio también fueran mal, “Daguiño” necesitaba un padre valiente que luchara por su liberación. Para aquél entonces, 2001, no existía la Ley 986 de 2005, o el Decreto 1290 de 2008 de Bogotá que ayudan económicamente a quienes tuvieran a alguien de su círculo familiar secuestrado.

El punto de partida para la búsqueda fue una carta con recortes de revista. El mensaje decía: "tenemos a su hijo; vaya al Cerro de las Tres Cruces. La vida de su hijo está en juego y vaya reuniendo plata". Dagoberto inmediatamente decidió que debía trabajar de la mano del Grupo Antisecuestro y Extorsión (Gaula). La "fortuna" siguió y a la semana siguiente un desmovilizado que le habían ofrecido secuestrar ése "paquete", se contactó con la Policía para decirles qué líneas interceptar. La sorpresa próxima: una familiar que vivía en Tuluá estaría incluida en la organización del delito. Una vez tras las rejas, ella no solo estaría condenada a vivir en prisión por años, sino también al distanciamiento por parte de su familia.

Tras el encuentro en el lugar turístico de los caleños, y en el que se manejarían unas radios de interferencia de frecuencias suministrados por el Gaula, se confirmó que la inteligencia para el secuestro del estudiante estrella y querido del salón, era de dimensiones impresionantes. En sólo inteligencia urbana, el hoy afamado guerrillero de las FARC, Henry Castellanos Garzón, Alias "Romaña", habría aprobado el emplear 20 personas.

Para junio parecía no haber vuelta atrás. Al mismo tiempo que el padre sostenía conversaciones para una liberación negociada, por debajo de cuerda se adelantaba lo que debía ser un rescate sin error alguno; 24 horas al día, siete días a la semana se pensaba en la liberación de Dago. Sin embargo, bien hace el adagio popular al expresar que la victoria nunca se cabalga sin que el caballo haya sido ensillado. Ante la muestra de una foto instantánea que representaba la primera prueba de supervivencia, vino a dar paso también unas lamentables declaraciones del rector del colegio de Dago. Con una supuesta reseña de "Alias Romana", se conocería que Daguito habría sido descuartizado.

Dagoberto Ospina pasó los peores días de su vida. Muerto en vida encontró motivos para cerrar momentáneamente su negocio de medicamentos y para decidir paralizar las promesas de un posible pago a los guerrilleros. Si no existía una prueba inmediata de supervivencia, no se retomarían las conversaciones.

Septiembre fue un mes decisivo. Unos campesinos subieron desprevenidamente la montaña hasta donde estaban captores y secuestrado, descubriendo así el campamento base en el que se tenía a Dago. Era imperativo entregar una prueba para retomar las negociaciones del secuestro con fines extorsivos. Así pues, se necesitaba trasladarse de lugar lo más pronto posible para evitar ser neutralizados por el Gaula.

Tres días caminaron Dago y sus "carceleros", nombre que reciben, por parte del Gaula, los cuidadores de las víctimas del secuestro. La decisión era instalarse en un lugar sin techo. Se aplanó con palas un pedazo de verdadero monte o más bien maleza; zona agreste sin carpas, pero con la presencia de muchos animales. Daguiño era rebelde; no recibía comida, no iba al baño y a todo respondía que no. Su estrategia: esconder o tirar las cosas que le suministraban. No obstante, quienes lo custodiaban tenían también una guía para proceder: pegarle. Dagoberto, a secas, como le dijeron cuando le pegaron en su espalda, nunca más volvió a recriminarles las condiciones en que lo tenían.

Acciones como la anterior (ser golpeado en la espalda) y que sufrió Dago desde una etapa inicial de su retención, son las que alimentan el miedo a la muerte que acompaña permanentemente a los secuestrados producto de vivir situaciones extremas, violentas e imprevistas. Sin embargo, en los menores el proceso de reconocimiento y ajuste que consiste en las decisiones de reorganización y autocuidado,

suelen ser rápidamente pasadas por alto y reemplazadas por espontáneos intentos por querer saber cómo está su círculo familiar. Esto los vuelve a poner en riesgo físico y emocional, ya que los menores casi siempre tendrán la compañía de dos o tres personas (con las que inicialmente nunca tendrán mínimos de confianza o afecto) encargadas exclusivamente de velar cualquier movimiento del retenido. Por el contrario, los adultos, si bien suelen estar reclusos en espacios más cerrados, pueden contener sus “arranques” emocionales con libros o con las conversaciones con otros compañeros de cautiverio que están en igualdad de condiciones. Es importante entonces señalar que la proximidad especial de los guardias para con los menores de edad supera a la de un adulto en condiciones similares.

La esperada prueba de supervivencia llegó a sus padres. Desconocían ellos que si bien el vídeo visto en la sala de su casa en el sur de Cali, confirmaba que su hijo estaba vivo; este por el contrario mostraba algo que no era verdad. A Dago se le obligó a decir que estaba muy enfermo. La incertidumbre aumentó en los Ospina.

Junto a la prueba llegó una solicitud de dinero cuantiosa que debía pagarse para que su hijo fuera liberado. Para 2001, máximo 10 personas, algunos de ellos narcotraficantes, podían contar con esa suma de dinero. Los captores creían que la familia contaba con muchos apartamentos y carros de los cuales debían "echar mano" si querían volver a ver a su hijo vivo.

Dago, hoy en día abogado, recuerda cómo le iba saliendo costoso el "quite" a su típica rutina de día a día como secuestrado. El 4 de septiembre de 2002, lo intentó; se fugó. No fue algo que se planeó en días. Bastó con que esa madrugada, él se diera cuenta que las tres personas que lo cuidaban estaban profundamente dormidas, y que su cuaderno con calendario, le "dijera" que iba empezar un nuevo mes sin ver a su familia. Daguito no había sido encadenado como se veía en las noticias, pero eso no indicaba que no hubiese pasado por diferentes traumas. Según Juan Pablo Aranguren, psicólogo experto en reparación de víctimas, un menor tras volver a la libertad puede tener reacciones emocionales que van desde convertirse en una persona “adulto céntrico” (autónoma y poco expresiva) hasta en una más dependiente, producto de vivir una experiencia en la que su libre actuar se vio totalmente restringido.

Desde las 3 a.m. y bajo una luna llena, Dago avanzó río abajo. Pensó que aprovechando una luz que parecía más común que cualquier hora de la tarde, y guiándose por la arteria fluvial que bordeaba la zona, lograría encontrar una carretera o algún campesino desprevenido que quisiera ayudarlo.

Daguito supo que debía parar la marcha cuando al tercer día se topó de frente con una cascada, con un barranco. Creyó que de pronto era pertinente dormir un par de horas para retomar camino y encontrar la libertad. Aquella mañana, en sus sueños, volvieron los recuerdos de un afiche que en 2000 y 2001 fue repartido en centros comerciales y semáforos en Cali. En él, aparecía un menor amordazado y encadenado con la leyenda "Este es el futuro que estamos forjando". Ahora él era ejemplo vivo del secuestro de menores; su presente era ese.

— ¡Párese; ya va a ver! —El retorno junto a unos guerrilleros que le habían interrumpido el sueño para recapturarlo no podía saberle diferente a una derrota. No obstante, la verdadera posibilidad de pérdida, sólo la sentiría al llegar de nuevo al campamento de arriba: —Le vamos a cortar un dedo y con cada intento nuevo le cortamos otra cosa, —le gritaron dos guerrilleros que sostenían un machete y una pistola 9 milímetros. Todo estaba listo para la escena típica de películas de terror.

De aquel 7 de septiembre Daguito tiene marcada una pequeña cicatriz de un cuchillo que rozó su dedo gordo derecho, y el recuerdo intacto de una guerrillera “atravesada” que amenazó con matarlos si le ponían un dedo encima. Dago salvó su dedo y hoy en día insiste en no encontrar motivos para agradecerle a esa mujer. Él no definió únicamente su secuestro en términos de víctima y victimario, o sujeto afectado y testigo, sino también de sobreviviente. Tampoco, contrario a lo que pasa con otros menores secuestrados, desarrolló en ningún momento sentimientos de afecto o cariño hacia sus captores con los que convivió de manera permanente, desarrollar esa clase de sentimientos es mucho más común en niños y niñas secuestradas con 7 años o menos, ya que son fácilmente manipulados con acciones como la entrega de regalos.

En el secuestro de todo menor son las emociones las que atraviesan las relaciones con el hecho victimizante que sufrieron, incluso después de encontrarse en libertad. Cuando muchos de ellos deciden

expresarse en torno a lo que vivieron (razón que ha hecho aún más difícil que exista una red exclusivamente de personas que fueron secuestradas siendo menores), lo realizan recordando primero la emoción, sentimiento o sensación, antes que un hecho concreto. Así pues, es fácil encontrar inclusive que rememoren su retención desde la carencia de un sentimiento, por ejemplo, el del amor de sus padres.

Las negociaciones se retomaron. Del monto que se les solicitaba a los padres de Dagoberto, mucho se especularía después en medios de comunicación. Para la historia queda por ejemplo que no fue cierto que el día de su liberación se pagaran 340 millones, y que se hubiesen recuperado 100. A Dagoberto Ospina Jaramillo nunca le tembló la voz para mostrarse fuerte con los integrantes del Frente “Jaime Bateman”. De eso dan fe los integrantes del Cuerpo del Gaula y de Defensa Antisecuestro. Nunca se había visto actuar a un padre de esa manera, con tanto arrojo. Dagoberto, con el transcurrir de los años, se convertiría en guía de modus operandi para familiares con la desdicha de tener un hijo secuestrado.

Llegó diciembre. Tener temple fuerte de cuerpo para afuera, no impedía tener el alma arrugada de cuerpo para adentro. Eso sentía un empresario cuando les dijo a los guerrilleros que únicamente podía darles cierta cantidad de plata. Si este dinero no les servía, la vía estaba libre para hacer lo que quisieran con su hijo; venderlo o matarlo eran opciones de simple deducción. Dagoberto Ospina viajaría ese mes a Estados Unidos a visitar a su otro hijo.

Del 18 al 31 de diciembre todo fueron tristezas para Daguiño. En el primer día del mes, su afición loca al fútbol le propiciaban desde el monte y no las graderías del Pascual Guerrero, un día para olvidar; todo por 90 minutos mal jugados. El 18 el "Depor Cali" se despedía de la ilusión de quedarse con la estrella de final de año al perder con el Deportes Tolima. Esa noche Dago sería el conejillo de indias, y hasta su cabello perdió entre burla y burla que le hicieron mientras lo rapaban. La alegría efímera de tener a su equipo jugando una final, se desdibujó en su rostro.

El sonido de la pólvora en la lejanía y un grupo de guerrilleros borrachos a su alrededor fueron el marco que le correspondió para el 31 de diciembre. “Usted está acá porque su papá no quiere pagar, va

tocar secuestrar a su mamá también”, fue una premisa que le generó tormento para lo que le restó de cautiverio.

Con el inicio de un nuevo año, llegaba la nostalgia por la cercanía de un 4 de febrero, fecha de cumpleaños de Dago. Su padre ya había regresado nuevamente a Colombia para seguir jugando sus cartas. Odiaba pensar que estaba concibiendo a su hijo como si fuese una mercancía por la forma en la que se iba llevando a cabo el proceso de liberación. Sin embargo, Dagoberto Ospina estaba dispuesto a utilizar sus mejores fichas por la sangre de su sangre.

—Nadie más le va pagar, ustedes lo pueden tener uno, dos o tres cumpleaños y va ser un gasto para ustedes; me lo devuelven enterito o pasarán cosas—. Las palabras indicadas en el momento indicado. Mariano Marín Cuervo, alias "El Paisa", quien tenía por santo y seña “Kai Bill” en las conversaciones de radiofrecuencia con el resto de sus compañeros, notó que su víctima hablaba con la verdad y que no era "paja" que el señor Ospina no tuviera más plata.

Era tiempo para ambas partes. El Gaula tenía luz verde para rescatar a Daguito del 4 de febrero en adelante, y los integrantes del Jaime Bateman sabían que debían iniciar preparativos para soltar a su secuestrado. —Alístese que nos vamos, usted se va para su casa, —le dijeron. La dicha era muy grande. En cuestión de segundos Dago preparó el pequeño equipaje de retorno a la libertad y un trayecto que se recorre en un día, lo realizaron en seis horas.

Del otro lado de la barrera estaba José Luis, empleado de confianza de los Ospina. Él iría hasta el sitio del encuentro con los guerrilleros. Allí debía entregarles el dinero y recibir al hijo de su jefe. Todo parecía no tener cabo suelto, se tenía un equipo de apoyo armado del Gaula que tenía cercado a los guerrilleros y que tendría por misión no sólo garantizar la integridad física de José Luis y Dago, sino también recuperar el dinero pactado para la liberación.

2 de febrero, 3:00 p.m.; Miranda, al norte del departamento del Cauca: Un niño llamado Dagoberto Ospina no le pesaban unas botas nuevas que le habían entregado. La camiseta que le habían dado sus captores era también pañuelo para las lágrimas que le empezaron a brotar cuando lo empujaron de nuevo con un pecho, por lo menos a primera vista, desconocido. José Luis atinó a decir: —Llame a su papá, llame a su papá—. Daguito, recién entregado no era capaz de hablarle a ese sujeto que no recordaba claramente. No había salida distinta que marcarle a "Don Dagoberto" para que su hijo le creyera que estaba de nuevo con los suyos.

En nuestro Código Penal, el artículo 168 habla de secuestro simple, el 169 del extorsivo, y el 170 de los agravantes en el delito, entre esos, los secuestros contra mujeres o menores de edad. Adicionalmente, existe una atenuación punitiva si el menor es liberado en los primeros 15 días tras su retención. La condena por el secuestro extorsivo contra alguien entre los 0 y 17 años, puede ser de hasta 27 años.

—Hola, hola; hola papá, —no tenían respuesta por el celular. A los cinco minutos, una llamada de regreso empezó a saldar la cuenta pendiente de cariño: -Te recuperé, te amo—. Esa noche Dago se encontró de nuevo en un hotel con su padre. Lo primero que este hizo: quitarle las botas que traía puestas. Al otro día, fecha de su cumpleaños, volvería a abrazarse con su mamá y vería de nuevo televisión; noticias más exactamente. Los titulares de toda esa semana: "Capturados 12 guerrilleros tras rescate del Niño de la Paz", "Libre Niño de la Paz" y "Dago está a salvo y se recuperaron 340 millones". En cambio, el titular personal de su vida: "Estados Unidos, el lugar escogido por sus padres para exiliarse y empezar a cicatrizar heridas". El caso de los Ospina Jaramillo, coincide con el que describen psicólogos de País Libre en su Informe *Fenomenología del Secuestro* (2011), y que obedece a núcleos familiares que tras la liberación experimentan gran alegría mezclada con un poco de incredulidad, que se traslada posteriormente en la necesidad de padres y liberado/a de olvidar todo el sufrimiento y empezar de nuevo.

El resto ya es historia. Los medios de todo el mundo registraban cómo a Dagoberto lo llamaron en marzo de 2002 para hacer un saque de honor en un partido del Real Madrid en el mismísimo Santiago Bernabéu. Camiseta autografiada por los cracks e ídolos españoles Raúl González y Fernando Hierro, fueron sólo un aliciente para volver a vivir como el "Niño de la Paz", y con los años, como el "Hombre de

la Paz". El caso de Dago Ospina pasó a formar parte del escaso 8% de secuestros ocurridos en el país en los que existe una condena judicial (Cifras de la Fiscalía, Informe "Una verdad secuestrada", 2013).

Cabe agregar que generalmente el desarrollo del secuestro de menores como el posterior proceso de reincorporación con su tejido social es muchas veces invisibilizado. Entre las razones están la indiferencia gubernamental que se ha tenido para con la población infantil, situación que los pone en estado de vulnerabilidad en distintos escenarios, y el retroceso que se tiene en políticas pedagógicas y tratamientos para el cuidado emocional de menores. Sin embargo, también existen ocasiones en las que por la efectiva intención de proteger los derechos de la infancia, no se divulga su identidad, y no se hace público el acompañamiento psicológico y psicosocial que reciben de instituciones como Fundación País Libre y de Dirección para la Defensa de la Libertad Personal del Guala.

Ahora bien, cuando los secuestros extorsivos de menores son contra niños y niñas de buen estatus socioeconómico, este factor hace que sus casos sean más reproducidos en espacios de poder como los medios de comunicación, con consecuencias como que el menor y su círculo familiar tengan que resistir versiones y con el tiempo memorias falsas instaladas. Así pues, muchos padres prefieren correr con los gastos de una atención psicosocial particular, a pesar de por ley, merecer un acompañamiento brindado por el Estado, o por el contrario, sustituirla por otras opciones como viajes familiares que ayuden a diluir las heridas que dejó la retención.

Tras su secuestro, él y su familia vivieron durante seis años en Estados Unidos. Posteriormente por motivos económicos tuvieron que devolverse a Cali, ciudad donde Dago terminó su bachillerato en 2008. Hoy en día ya es abogado profesional de la Universidad del Rosario, Alma Mater en la que fue presidente del Consejo Estudiantil de Jurisprudencia y de la que se graduó en 2013.

A pesar de que en la actualidad muchas personas lo siguen reconociendo como "El Niño de la Paz", generalmente no habitúa a hablar sobre su experiencia de secuestro y tampoco se ve interesado en perdonar a las personas que tuvieron que ver con su retención, y que están aún en la cárcel. Quizás, por pasar por la experiencia del secuestro cuando tenía escasos 9 años, es que Dago inmediatamente a su liberación no pudo

poner en práctica una de las dos manifestaciones: la comunitaria (caracterizada por ejercer roles políticos) dentro de lo que se conoce como la dinámica de “Introyección del sufrimiento” (Luis Antonio Rodríguez, G. Carvajal Sánchez). Es decir, Dago en los años en los que residió en Estados Unidos no tuvo la oportunidad para crear vínculos interpersonales con otras personas afectadas por situaciones similares a la suya y que le permitieran participar en espacios de reconfiguración de justicia, verdad o reparación.

Actualmente Dagoberto está interesado en ejercer un cargo político de elección popular, postura más común por un gran sector de las personas que vivieron el secuestro siendo menores de edad, pero ya con edades próximas a la adultez, o en efecto por quienes lo vivieron siendo mayores de 18 años.

Sin embargo, quienes vivieron el secuestro en una etapa temprana de su infancia, recurrentemente optan por estudiar y posteriormente desempeñarse en una profesión con un alto grado político, puesto que contrario a muchos conciudadanos de la urbe, a ellos la experiencia los llevó a conocer el horror de una de las manifestaciones del conflicto; desarrollándose así una intención de desempeñarse laboralmente en escenarios de cambio. Según el psicólogo Omar Alejandro Bravo, a lo mejor si a personas como Dago (alguien que antes de ser retenido igualmente ya lideraba en su curso una campaña por el no secuestro de niños) no las hubiesen secuestrado, no tendrían tantas motivaciones para ser individuos políticamente activos a través de su trabajo en fundaciones y la academia. Dicho punto adquiere mayor relevancia toda vez que estamos en un país con altos niveles de abstencionismo que reflejan unas juventudes que creen poco en la política y en sus gobernantes.

2.2) “Les cayeron a su Torre”

26 de julio de 2001, la ciudad de Neiva vivía una de sus tantas noches hirvientes cual desierto de la Tatacoa. A las 10p.m. no había rincón de la ciudad en el que la pólvora no hiciera alarde de su ¡tas tas tas! No era San Pedro, ni San Juan o San Eloy, tampoco estaba ningún embajador de la India en la ciudad, y el Atlético Huila seguía siendo el mismo “equipucho” de media tabla para abajo.

Edgar Antonio Moreno Cuervo, alias “Frijolito”, cargaba un fusil — ¡Vamos a coronar, vamos a coronar! —dijo cuando él y los guerrilleros a su mando atravesaron la Avenida La Toma en cinco camionetas; escasas cuadras los separaban del edificio más imponente de la ciudad, “Torres de Miraflores”. Edith Camargo, alias “Frijolita”, llevaba meses como empleada del apartamento de Ricardo Falla Ferro. La misión: hacer inteligencia para garantizar un golpe certero; el inventario: fusiles, granadas, cilindros y pistolas; la fachada: uniformes de agentes del Gaula y Policía del Tolima; la hora: 11:00 p.m.

Treinta minutos atrás habían ingresado al apartamento 801 del edificio, Juan Sebastián y Jaime Felipe Lozada, hijos del ex gobernador y senador del Huila, Jaime Lozada. La suerte de los jóvenes de 15 y 17 años estaba echada. No bastó que los amigos con los que veían Colombia-Honduras, les pidieran que se quedaran un rato más con ellos. Su madre y la infaltable cita para ir al colegio, los hicieron desistir de tomar el salvavidas para no hacer parte del registro de menores secuestrados en Colombia. La misma suerte corrió Natalia Rodríguez Briñez de 15 años.

11:20p.m: –Somos agentes del Gaula —dijo uno de los 15 hombres que con listas en mano sabían detrás de quiénes iban. No se exigieron documentos ni hubo mayor percató sobre las botas de caucho que algunos de ellos llevaban puestas. La estrategia: empezar de arriba abajo; Los Lozada y Briñez, de los primeros.

— ¿Dónde está el senador? ¿Dónde está el senador? —gritaron los guerrilleros al irrumpir en el apartamento. Una madre no sabía qué putas decir producto del estado de “shock”. Los segundos transcurrieron en cámara lenta; Juan y Jaime al escuchar la algarabía salieron hacia el lugar de la escena principal. — ¿Estos quiénes son? —una pregunta siempre difícil si te están apuntando con un arma. –Somos

sus hijos- respondieron. Ya no había más que preguntar, eran ellos a quienes llevar ante la ausencia del pez más gordo; la señal del triunfo: hacer detonaciones y asomarse al balcón para hacer disparos al aire.

Al mismo tiempo, un grito levantaba a Natalia, — ¿Qué está pasando? —preguntó su hermano. Su papá, mamá y dos hermanos menores eran un manojo de nervios. —Somos el Ejército, la guerrilla se tomó Neiva y vamos a llevarlos al Batallón —aseguró un guerrillero. Manecillas del reloj que nunca se detienen empezaron a despertar mal sabor de boca. Habría que ser de hielo para no sentir incertidumbre mientras se bajaban unas escaleras al unísono de explosiones que levantaban alaridos de humo en cada piso; 15 residentes del edificio estaban pasando lo mismo, pero lo desconocían hasta ese momento.

La cosa pasó de incertidumbre a certeza de mala racha cuando Natalia, Jaime Felipe y Juan Sebastián vieron los rostros de sus vigilantes bocas abajo. El Ejército no actuaba así; grupos insurgentes sí. Cualquier duda se despejó cuando uno de los guardas con fusil sobre su nuca, preguntó: —Y a ella ¿por qué se la van a llevar si es sólo una empleada? —La respuesta cayó como balde de agua fría: —Ella es de nosotros, ella es guerrillera y lleva meses haciendo inteligencia—.

La discusión si es que así pudiera ser vista, era una semblanza de David y Goliat. A las afueras del edificio se encontraba una patrulla de la Policía que debía hacerle “frente” a cinco camionetas y una serie de taxis robados por los guerrilleros. La Columna Móvil “Teófilo Forero” estaba jugando de local en la zona, no había nadie del Batallón del Ejército cercano, y el respaldo para la patrulla que estaba allí, nunca llegó.

Los 15 secuestrados de Miraflores fueron montados en dos camionetas. En una estaban los Lozada y en otra los Briñez. Los guerrilleros prosiguieron con el itinerario diseñado por quien comandó toda la operación: Oscar Montero, alias “El Paisa”. El jefe lo había repetido entrenamiento tras entrenamiento: —disparen como locos, secuestrados abajo y guerrilleros de pie, y cogen carretera para la salida al sur—. El sur no era más que San Vicente, Zona de Despeje y fortín guerrillero para esos días.

Sin embargo, en el escape uno de los vehículos se varó y todos fueron a dar a la camioneta en la que estaba Natalia. Frente a frente se encontraban Gloria Polanco, sus hijos Jaime y Juan Lozada, Nancy Ángel Müller, Albertano Valencia, Tulio Gutiérrez y los Briñez: Natalia, su padre Aníbal, su madre, sus

hermanos, y su tío Jaime con su familia. De los 15 retenidos, cinco eran menores de edad. La razón de esto: tener a personas de 12, 14, 15 y 16 años propiciaba que en un eventual combate, los integrantes del Ejército o Policía fueran más precavidos en su accionar. Según el Informe de Cifras y Conceptos y el Centro de Memoria Histórica, *Una verdad secuestrada: Cuarenta años de estadísticas de secuestro 1970 – 2010* (2012), solamente las Farc secuestraron 349 menores, es decir, el 15% de su total de secuestros.

Era momento de hacer revisión a la tarea. Kilómetros atrás había quedado el casco urbano de la ciudad de medio millón de habitantes y en una finca de las afueras se pasaba lista. Muchos nombres llamados en voz alta por los guerrilleros no respondieron el llamado. En cambio, ninguno de los que sí estaban allí, tuvieron la fortuna de no hacer acto de presencia en el lujoso edificio o ser astutos a la hora de esconderse aquel 26 de julio.

A ésta etapa de la cadena de valor del secuestro se le ha denominado estabilización por parte del Gaula. No siempre resulta obligatoria, pero en ella, estructuras que tienen la posibilidad de ejecutarla como las Farc, buscan que tras el “levante” de las víctimas, baje la marea un poco y se logren tomar las mejores decisiones sobre el traslado al lugar de cautiverio. Sentimiento de estupor y estado de parálisis o “schock” son recurrentes en las primeras horas de las personas que son secuestradas.

Desde ése lugar, cada una de las “presas” inició camino monte adentro. Primero “cogieron pista” Jaime, Sebastián, Gloria, Nancy, Albertano, y Aníbal y Jaime, papá y tío de Natalia. Aníbal, antes de partir le había hecho prometer al mismísimo “Paiza” dejar en libertad a su esposa e hijos a cambio de su cautiverio. Sin embargo, el diablo es diablo y el viejo es viejo. El “Paiza”, aún en la finca, había decidido pasarse el trato por la galleta.

—Nos la llevamos—

—Espere, espere; si quiere lléveme a mí —respondió Natalia antes de que retuvieran a su madre. Con 15 años se la jugó por completo, y en medio de un drama de largos minutos, logró convencer realmente al “Paiza”; el argumento: por su juventud podría aguantar más. A la madre, todo le resultó angustiante en ese momento. Al dilema de dejar tres menores solos en Neiva, o aceptar que su hija se canjeara por ella y sus otros dos hijos, sólo se le encontró respuesta cuando Natalia de un empujón la mandó al piso. En una

muestra de cariño, Natalia estaba lista en la retaguardia para partir y encontrarse con el resto de sus compañeros secuestrados.

Con el paso de la niñez a la adolescencia que tendría Natalia estando en cautiverio, sus metas cambiaron mucho. Ella se volvió una persona más centrada. “Si bien cuando quedé libre aún era muy joven, pues ya desde ahí no pensaba tanto en la rumba como las demás personas, yo quería era recuperar tiempo de estudio y de estar con mi familia. **“Con el sobrevivir al secuestro me volví más consciente de las distintas realidades del país y me convertí en una persona más desprendida de lo material”**, asegura la huilense.

Los minutos de las horas de recorrido para alcanzar el pelotón se percibieron más largos de lo que acostumbrado. El temor de estar sola con unos guerrilleros estuvo presente en cada paso que daba. El Ejército surcaba el cielo y desde allí no pudieron hacer nada para salvar a los que estaban en tierra. De hecho, desde esa noche el ruido de un helicóptero no generaría algo diferente al temor.

Cerro Neiva era el sitio escogido. En éste paraje verde del Huila, Natalia lograría ver de nuevo a los ocho que habían partido sin ella hace algunas horas. Cuando a los lejos los identificó, cierta calma le llegó. Una calma de las rápidas, pues cuando volvió a verse cara a cara con su papá, los sentimientos salieron a flor de piel. —Ése no fue el trato —dijo estresado y con ganas de pelear Aníbal Briñez. No obstante, la pelea al menos ése día estaba perdida; tocaba hacer de tripas corazón y llenarse de fuerza para sobrevivir al secuestro.

De nuevo era momento para subir a un motorizado. Durante un largo trayecto, una camioneta carpada llevaba en su interior a nueve secuestrados, todos en pijama, menos Natalia. Por una lámina al descubierto, ella sería nuevamente la excepción y podría visualizar un letrero con consigna clara: “FARC-EP los saluda, bienvenidos a la Zona de Distención”. Tras el primer retén guerrillero superado, todos pudieron desembarcar e ir a un baño; uno verdadero que distaría del que tendrían por sanitario en sus días venideros.

La noche se pasaba en el que tenía por nombre el Hotel Opita. Era modesto, pero al fin y al cabo hotel. En una pequeña habitación, los vecinos de años trataban de pasar la impresión por algo que no tenía reversa. Ser indagados sobre sus tallas y enfermedades, recibir un plato de comida y asistir a la vista con mofa incluida de noticieros, les fue copando minutos de una vida que ya no les era propia. Ese 27 de julio la postal del momento se completó con una lluvia incesante y la visita de Milton de Jesús Toncel Redondo, alias "Joaquín Gómez", hoy en día integrante del secretariado de las Farc, que habría llegado a felicitar en persona al "Paisa".

Al otro día, la directriz fue conducirlos a Cartagena del Chairá, al mismo sitio donde por allá en el 97 tuvieron retenidos a 60 soldados secuestrados en la toma de la base de Las Delicias, Putumayo ¡Lugar sagrado no se cambia!, pensarían los guerrilleros. Nada resultaba demandante para ellos allí, la comida y mercado llegaban con facilidad, medicamentos y alimentos al menos nunca escaseaban. Para los guerrilleros, la calma se le estaba anticipando a la tempestad.

Las semanas pasan una a una y las ilusiones de salir rápido de la "pura pura" selva empiezan a desdibujarse. Es más fácil dejarse crecer los pelos de sus barbillas y esperar a que el tiempo siga pasando. Felipe, Sebastián y Natalia han visto cómo sus compañeros Albertano Valencia y Tulio Gutiérrez han partido para regresar a casa. La mente en un vaivén siempre cíclico, les juega pasadas: buenas y malas. La liberación en últimas, sólo depende de la consecución rápida por parte de sus familias, de unas cantidades exorbitantes de dinero.

Aliciente, como el de casi todo secuestrado viejo, joven, hombre o mujer: la radio. Los hermanos escuchaban más seguido la voz de su papá. El político, todo un referente de la región surcolombiana les recordaba constantemente lo mucho que los quería. Los menores de edad en aquel entonces, hubiesen querido saber más de su padre sin estar perdidos en la manigua a manos de personas con rostros de niños también.

El ex senador Lozada, quien moriría asesinado en una emboscada de las FARC en 2005, y su hijo menor, Daniel, trataban de llevar una vida medianamente tranquila, la cual en estos casos es una verdadera

proeza. “La vivencia que tienen durante el secuestro de un hijo es similar a lo que sería un infierno. El dolor, la angustia y la desesperación se intensifican con el paso de cada minuto; viven ellos un cautiverio igualmente difícil”, asegura el grupo de investigación de secuestro de fundaciones como País Libre que trabajaron junto con Cifras y Conceptos y el Centro de Memoria Histórica, para estimar que más de 39.000 colombianos han sido secuestrados en el marco del conflicto interno colombiano entre 1970 y 2010.

Cinco meses desde el 26 de julio han pasado, no han existido mayores traslados y ya se conocen a la perfección las condiciones diarias del secuestro; tener dos guardias a lado y lado que se rotaban cada tres horas, y la existencia de horas específicas de baño en el río, formaban parte de ellas. ¡La primera Navidad, era momento para ver si algo cambiaba!, pensarían todos de manera desprevenida.

Sin embargo, desde los primeros días de diciembre, Natalia, Jaime Felipe, Juan Sebastián y el resto de secuestrados, confirmaban que los guerrilleros poca fraternidad querían demostrar. Sea el mes que sea, la fecha que sea, mantener una espiritualidad vigente será labor del secuestrado. La propuesta de los más chicos al respecto: recordar todas las líneas de La Novena y crear una propia. Eso y una comida menos básica dada por las Farc serían la estampa de la primera “Nochebuena” lejos de casa.

Enero llegó. El sexto mes de cautiverio inició con un — ¡Venga con nosotros doctora Polanco, nos vamos a reunir con los negociadores de su familia! —Gloria hizo caso y escoltada por guerrilleros partió pensando que no tardaría en volver. Desde ése momento sus condiciones no volverían a ser las mismas, la doctora Polanco había sido electa congresista y su secuestro ahora tenía un carácter político, no estrictamente extorsivo. La madre nunca llegó ésa noche ni una próxima al campamento donde estaban sus hijos; todo había sido una farsa en la que “Tatán” y Jaime Felipe eran los destinados a sufrirla.

El reencuentro entre madre e hijos se postergaría hasta el 2008, cuando gracias a la intermediación del gobierno venezolano, Gloria fue liberada junto con los otros ex congresistas Luis Eladio Pérez, Jorge Eduardo Géchem y Orlando Beltrán. Así pues, ante la ausencia de su ser más querido y de la necesidad de no ahogarse en tristeza fue que Jaime y Juan Sebastián no dudaron en recibir el cariño sincero que les brindaban el papá y tío de Natalia; una verdadera familia se había conformado entre ellos.

Nancy Müller partiría al ser liberada también, pero llegarían a convivir con ellos, el ganadero caqueteño, Arnulfo Gasca, y el huilense Antonio María Martínez. Día tras día, el actuar frío y desafiante de los guerrilleros se trataba de desestimar con las pocas, pero alentadoras libertades que tenían para “matar” tiempo. El levantarse a las 5 a.m., alzar pesas hechas con botellas o bolsas repletas de arena, hacer del cuerpo en el río, jugar cartas o un “picadito de fútbol”, escuchar la radio, devorarse libros e iniciar a las 5 p.m. la oración del Santo Rosario, era el itinerario con exactitud antes de dormir.

¡Catapum!, un traspie a la monotonía se daba el 20 de febrero de 2002. Jorge Eduardo Géchem, congresista huilense, había sido secuestrado en pleno vuelo de un avión de la hoy desaparecida aerolínea Aires. Los pilotos fueron obligados a aterrizar en una carretera del municipio de Hobo, Huila. Horas más tarde, Andrés Pastrana Arango, presidente de la república, alias "El Payaso" para las Farc, le anunciaba a todo el país que los Diálogos de Paz terminaban y que hacía las 12:00 a.m. iniciaría la retoma de la Zona de Distensión. Las cartas estaban echadas; ahora tenía sentido que días antes a ése 20, la guerrilla les hubiese insistido en tener maletas listas y les dijera cómo actuar en un eventual bombardeo.

Metralla, bombas y balas se escucharon por doquier esa noche y madrugada. Aníbal Rodríguez lucía valiente para "calmar" a su hija que convulsionaba por el estrés. Al final de la jornada lograron su cometido: llegar con vida a un nuevo campamento. En ese lugar y los siguientes, los bombazos y metrallas se volvieron familiares a sus oídos. No obstante, lo familiar no quitaba lo dramático, la preocupación los asaltaba cuando escuchaban en la radio que el Ejército retomaba tierras, y el pánico tomaba su máximo esplendor cuando rondaba la posibilidad de un combate. A la primera ráfaga que golpeará su anillo de seguridad, la sentencia era clara: tiros de gracia para los secuestrados.

Los que quedaban no sólo compartían su lucha colectiva, sino que mantenían también una individual. Las caminatas de traslados se hicieron más comunes. En ellas, era difícil tener “luces” del punto geográfico en el que estaban, pero no perderlas producto de lo largas que las caminatas resultaban. Natalia no aguantaría cargar su equipaje y se desmayaría en la más larga, la que hicieron el mismo día que Álvaro Uribe ganó las elecciones presidenciales. 26 de mayo de 2002: Las Farc estaban preocupadas, terminaba la era del "Payaso" e iniciaba la del "Paraco Mayor"; era hora de esconderse muy bien.

Con el Plan Patriota que no demoró en traducirse en un Ejército que les respiraba al cuello en la manigua, las instrucciones debían ser precisas. Suena un avión; apagas el radio, linternas para apuntar al piso;

de lo contrario no se den utilizar, y nada de ropa blanca o roja, esos colores se ven más que otros desde el cielo. ¡Empieza Cristo a padecer!, hasta el mismo garbanzo o frijol con arroz empezaron a brillar por su ausencia como había sucedido con la carne. Los medicamentos ahora se tomaban vencidos; eso, o no tomar nada.

Los días en el calendario siguen transcurriendo, dos años de secuestro se acumulan y a la humedad de rigor no se le antoja que a ellos, secuestrados por dinero que financia la guerra, les den las enfermedades de la selva; hepatitis, fiebre amarilla, leishmaniosis y paludismo les calaron en repetidas ocasiones a los guerrilleros, pero a la familia Miraflores no. La coraza parecía haberles alcanzado también para ponerle pecho a gripas, intoxicaciones, alacranes, culebras, y la caída de ramas y rayos. Pero ¿y para estar a salvo en el "juego" Farc vs Ejército?, ¿Habría cabeza fría para escucharlo todas las noches desde sus cambuches?

Las Farc a su vez que el Eln, Auc y las redes criminales, desarrollan durante el plagio distintas estrategias de deshumanización y dominación contra el secuestrado. Algunos actores armados optan por los golpes o torturas psicológicas; y otros inclusive, realizan abusos sexuales o asesinan personas frente a ellos. Éstas prácticas también se escogen dependiendo del género y edad del secuestrado, y son más planeadas de lo que se creería. De ésta manera existe por ejemplo, la recomendación de no maltratar físicamente y reiteradamente a mujeres y niños, ya que ellos podrían posteriormente querer atentar contra su propia vida.

“Suena helicóptero u avión, desajuste fusil”, “antes de rescate, se mata”, “el secuestrado se tirará de este lado, así que lo rematas así”, se escuchaba. Enhorabuena, el comandante era piadoso, y frente a frente de cara le alcanzaba para decirles: —"los entrenamientos son de noche para no "rayar cabezas" —. Guerrilleros y secuestrados portaban el mismo uniforme verde oliva, pero no compartirían la misma suerte de llegar a verse acorralados en un fuego cruzado.

Parece una obviedad pero Natalia es prueba viva para poder afirmar que si se vive un presente emocional estable, eso hace más fácil hacer concesiones sobre el pasado. **“Pues yo en éste momento no tengo odio, digamos que ya han pasado muchos años y el tema de decir que los odio no. Yo miro internamente y no muero de eso porque gracias a Dios estoy bien. Ahora las cosas han salido súper bien. La verdad me da lástima porque ellos siguen en ése ambiente que saben que no van a llegar a nada”**, afirma.

¡Fugarse, fugarse, fugarse! rondaba cabezas. Con o sin la guardia de 24 horas era difícil porque el temor a morir, aquél que tienen muchos seres humanos era lo que hacía pensarlo más de una vez. El

consumado entrenamiento militar y la gran cantidad de anillos de la “Teófilo” que los custodiaban, llamaban implícitamente a tener paciencia hasta el día en que llegue un acuerdo sobre su liberación; ¡dos años y ocho meses esperando eso!

Junio de 2004: En el corazón de la ciudad de Neiva Jaime Lozada por fin había conseguido reunir el dinero necesario para que dejaran a sus hijos en libertad. Su actitud le resultó reprochable a él mismo, quien veía con mejores ojos, otras opciones para la liberación de los secuestrados. Sin embargo, decidió pagar después de que el entonces presidente Álvaro Uribe le dijera en 2003: “Jaime hágale, pague el rescate”. De los 39.000 (28.000 reconocidos por el Estado) secuestros que se estiman han ocurrido en el país según Cifras y Conceptos y Centro de Memoria Histórica, en el 63% de ellos existieron pagos para una posterior liberación.

Eran mediados del sexto mes de 2004 y mientras Jaime Felipe y Juan Sebastián almorzaban, un guerrillero les soltó la buena nueva: —muchachos, los van a soltar—. Ese guerrillero joven no era su amigo, pero le creían. Al día siguiente, otro subversivo de más alto mando les confirmaba la noticia. Así transcurrieron dos semanas en la que los hermanos no durmieron estando a la expectativa de que les dijeran cómo iba ser el proceso de liberación.

¿Rescate o no rescate?, he ahí la difícil elección. En 2003 los familiares de secuestrados no confiaban plenamente en el éxito que podrían tener las unidades élites del Ejército, mejor conocidas como Gaula, la cual se crea por la Ley 282 de 1996. Si los Lozada y Briñez hubiesen sido secuestrados entre 2007 y 2012, años en los que fueron retenidos 212 menores según País Libre, tal vez serían unos de los 148 menores que han recobrado la libertad gracias a las acciones de ésta unidad. En efecto, la bola de cristal no la tenemos para saber qué hubiese pasado; lo que sí se puede afirmar es que el Gaula, a través del Ministerio de Defensa, ha recibido una importante inyección de capital (1.19 billones entre 1996 y 2010) para prevenir, comprender y combatir el delito del secuestro. Esto, sin incluir dineros que se aportaron y que no provinieron directamente del gobierno central, ya sea porque fueron recibidos como cooperación internacional, o porque fueron sumas que se destinaron a la lucha de fenómenos que tienen incidencia en el aumento o descenso del secuestro; tal es el caso del conflicto armado y narcotráfico.

El 5 de julio empezó la travesía para resurgir como el Ave Fénix. Sus pies, sufrieron los ocho días que duraron cruzando los caminos de trocha que recorrieron para reencontrarse con la libertad. Paso al frente, paso al frente, paso al frente, paso al frente. Ya no tenían ni 15 ni 17 años, sino 18 y 20 por esos días. En algún lugar del Caquetá, su tío Gustavo Polanco recibía con fervorosos brazos abiertos a sus sobrinos; la tarea completa: llevarlos a reencontrarse con su papá en Neiva. El 13 de julio de 2004 se dio jaque mate al peor episodio de las vidas de dos jóvenes que no tuvieron nunca por qué ser sacados de su Torre.

En la actualidad, tras la ejecución del secuestro de un menor, suele estar el accionar de redes criminales. A pesar de que retener un niño o adolescente representa gran inversión, poca ganancia (en 60% de los casos, las familias acuerdan pagar el 40% del monto inicial pedido) y mucho riesgo (acción más inmediata y drástica de escuadrones de búsqueda del Gaula y Fiscalía), estos grupos siguen realizando el delito. Sin embargo, este dura máximo entre 5 a 8 días, ya que con el pasar de los mismos, la “presa” (víctima) resulta más fácil de detectar y por ello en ocasiones son vendidos a estructuras más grandes como las Farc. “Para los captores, es una premura deshacerse del paquete”(Saagia Felaifel Klinger, Fiscal 82 de Crimen Organizado).

Con el pasar de los días, la alegría por ver partir a los Lozada no era suficiente como para mantener todos los días el anhelo vivo de estar en libertad. El grupo había quedado reducido a Arnulfo, Mario, Jaime, su tío, Natalia, y Aníbal, su papá, a quien los 3 años de secuestro le estaban pasando factura; su último impase: un pre infarto.

Según Rodolfo Arango, docente del pregrado de Psicología y Filosofía de la Universidad de los Andes, uno de las capacidades naturales que más caracterizan a los menores de edad es la sensibilidad, la cual es más evidente cuando ellos se exponen a momentos o experiencias concretas de felicidad o por el contrario, dolor. Para un menor, sea de la primera infancia o ya adolescente, lo que se consideran gestos de “falta de humanidad” (como ver a alguien sufriendo pre infarto y que no lo socorran) siempre dejarán una secuela emocional mayor que la de una persona que no lo es. Los menores son más susceptibles. “Hablar de perdón en éste momento la verdad no, trato de ser muy prudente con las cosas que digo por razones de seguridad y eso, *pero no son de mis afectos para nada y ellos siguen haciendo embarradas, siguen*

extorsionando, siguen matando, entonces no les veo la actitud de cambiar de verdad, de querer vivir en paz con el resto de la gente, vamos a ver qué pasa con las víctimas que llegaron de La Habana. Ya va una década, entonces pásate en unas tres décadas para ver qué pienso”, afirma Natalia Briñez.

Por fortuna, una noticia que era mucho más que unguento para calmar la sed, llegaba al campamento recóndito al que sólo se podía ingresar en lancha; los días de todos en la selva, menos los de Gasca, estaban por terminar.

—Su liberación está paga —les dijeron. Era momento para embarcarse en una chalupa y luego en una mula. El punto decretado de llegada era El Paujil, en el Caquetá. No se tenía programada cómo se llevaría a cabo la entrega, lo único claro era que si querían gozar de su libertad por siempre, no deberían dar mayores detalles de lo acontecido en 3 años y 4 meses de cautiverio.

Primer día de noviembre de 2004; el sermón de un sacerdote se interrumpe sin previo aviso. —A usted le entregamos éstas 4 personas —; la decisión era esa y no entregarlos directamente a los negociadores con los que se había llegado al acuerdo de monto a pagar. Quien rebusque en los recuerdos remarcará que el 26 de julio de 2001 los habían secuestrado entre bombazos, y que el 1 de noviembre de 2004 los soltaban entre bombazos también; Paujil había tenido día de petardo estallado.

Aníbal estaba libre, pero no bien de salud, la hipertensión y una diabetes le aquejaban. ¡Acciones rápidas para soluciones igualmente rápidas!, era pertinente pasar la noche no en la Casa Cural, sino en la Base Militar del municipio, era necesario el choque con la luz eléctrica, con los celulares y con una realidad que se antojaba a ilusión ya. En la Base recibieron todas las atenciones necesarias. El cura, el comandante y los soldados les entregaban artículos de aseo, les ofrecían camas cómodas, y por sobre todo, el tiquete a la familiaridad: llamadas a casa.

Rayo de sol intenso cae sobre el sur colombiano; un nuevo día lo saludan desde el cielo. El recorrido de una avioneta militar desde el Aeropuerto Militar de Florencia hasta el Benito Salas de Neiva, registra el paso por lugares que ponen el corazón en la boca a quién los vea: Desierto de la Tatacoa, Represa de Betania y la Torre; Torre de Miraflores. —Ahora sí provoca tomarse una cerveza Polar —dijo Natalia. Mamá e hija tienen pendiente cicatrizar qué pasó entre los 15 y 18, y los 42 y 45.

Tras su liberación Natalia tuvo la oportunidad de cursar noveno, décimo y once en un solo año en el colegio Aspaen Gimnasio Yumaná de Neiva. Ha tenido una brillante vida académica y laboral, en la que resaltan su grado como administradora de empresas, sus posteriores especializaciones en Alta Gerencia y Gerencia de Mercadeo Estratégico en la Universidad Surcolombiana, y el cargo que ocupa actualmente como directora comercial de la constructora de su familia, la Rodríguez Briñez.

Natalia tiene 30 años y lidera proyectos tan grandes como la construcción de la nueva Terminal de Duitama. Considera un capítulo cerrado su secuestro, del cual lo que más la marcó fueron las enfermedades que desarrollaron su papá y su tío que ya falleció producto de un cáncer. “Tengo que dejar que pase todavía más tiempo, no los odio, no tengo odio en mi corazón, pero no perdono en éste momento porque el choque y todas las cosas que tuvieron que vivir mi mamá y mis hermanos no tienen nombre. ***Mi papá padeció diabetes, casi se nos muere allá una vez, alcanzó a tener un infarto durante el secuestro, tanto que yo creí que lo liberarían; mi tío desarrolló cáncer durante el secuestro y por eso mi tío está muerto***”.

Entre tanto, Jaime con tan 31 años fue elegido representante a la Cámara por el Partido Conservador para el departamento del Huila en el período 2014-2018. Tras su liberación, terminó sus estudios universitarios en la Universidad de La Sabana. Fue presidente del Club Atlético Huila y ha vivido episodios que le han marcado, como el asesinato de su padre en una emboscada de las Farc el 3 de diciembre de 2005; Jaime lo acompañaba en ése momento. También el fallecimiento en un trágico accidente automovilístico de su amigo de infancia y político, Sergio Younes. Se ha mostrado siempre implacable en su percepción de terroristas sobre las Farc y no está de acuerdo con los acuerdos que se han alcanzado con este grupo en las negociaciones de La Habana.

Por: Juan Pablo Esterilla Puentes.